

A woman in a white, strapless, floor-length gown with a large bow at the bust and multiple strands of pearls around her neck. She is smiling and looking towards the camera. To her left, the shoulder and arm of a man in a dark suit are visible. The background is a light blue and white watercolor-style wash.

*La increíble existencia de Eva Perón,
una mujer inolvidable que desató pasiones
allá por donde fue.*

LOS
DOS
VIAJES
DE
EVITA

ÁNGELES
BLANCO

NOVELA HISTÓRICA

Índice

Dedicatoria

Primer viaje. 1947

Segundo viaje. 1971

Epílogo. El regreso a Argentina

Agradecimientos

Bibliografía

Créditos

*A ti, Vicente, porque tu impulso
ha sido fundamental para escribir este libro.
A ti, Daniel, por comprender, siendo tan pequeño,
que mamá tenía que dejar de jugar contigo para poder es-
cribir.
A ti, mamá. A ti, papá.*

PRIMER VIAJE

1947

1

—Eva, quiero que viajes a España. Quiero que seas tú la que representes a Argentina.

—Claro, Juancito. Por supuesto que te acompañaré. Estar contigo en un viaje tan importante es un sueño.

—No, Cholita, no me has entendido bien. Quiero que vayas tú sola, sin mí. Que seas la embajadora de nuestro pueblo. No se me ocurre nadie mejor que tú para representar a este Gobierno.

Esa frase impactó de lleno en los oídos de Eva.

—Escucha. Yo... yo... ¿sin ti?

Toda su vida soñando con un papel protagonista y, ahora que llegaba el momento de interpretar uno de verdad, deseaba salir corriendo. Eva se quedó noqueada. Era la primera vez que su marido confiaba en ella para una labor de tanta responsabilidad. Ciertamente era que nunca se había comportado como una primera dama al uso. Era un activo para su marido, y lo sabía. Había recorrido Argentina junto a él para lanzar su campaña para las elecciones del 24 de febrero de 1946, había pronunciado varios discursos en sus visitas por el interior del país, y se había convertido en el eje de la acción social impulsada por el Gobierno peronista para desesperación de aquellos que consideraban que una mujer, y además de clase humilde, llevara, en buena medida, las riendas de la política.

Pero esto, viajar en misión diplomática a España, a un país repudiado por la comunidad internacional, era demasiado.

El reloj del comedor privado, situado en la primera planta de la residencia presidencial, marcaba las ocho y media de la noche. Eva, con la mirada puesta en la ligera ensalada que estaba cenando y agarrando con fuerza el tenedor que sujetaba con la mano derecha, tenía que hacer un trabajo ímprobo para que el aire entrara en sus pulmones y poder articular la siguiente frase por corta que fuera.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Claro que sí. ¿Lo dudas? ¿En quién puedo confiar más que en ti?

—Pero, Juancito, yo...

—Sí, tú... ¿no querías conquistar el mundo y no sé cuántas cosas más? —dijo Perón con una sonrisa socarrona y esa voz cálida y contundente que sabía cómo explotar—. Pues... ¡venga! ¡Esta es tu oportunidad!

—¿Al menos me das dos días para pensarlo?

—¿Pensar qué? ¿No quieres saborear lo que es sentirse la mujer más poderosa de Argentina? ¿No soñabas desde niña con ser portada de las revistas más importantes? ¿Con convertirte en Ava Gardner, en Rita Hayworth y no sé quién más? Cholita, ha llegado tu momento —replicó con un forzado tono de teatralidad.

—Pero, Juancito, esto trasciende lo que yo creo ser capaz de controlar. Estoy dispuesta a aprender. Y cada día lo hago a tu lado. Pero... así, de repente...

—Calla, no sigas. Ve y conquístatos a todos como me conquistaste a mí. No estarás sola. Mañana mismo nos pondremos a trabajar para que todo sea perfecto. Ahora tranquilízate y descansa. Te esperan largas horas de estudio y preparación. No tengo ninguna duda de que serás una excelente embajadora.

Como si un terremoto se hubiera apoderado de su cuerpo, Eva empezó a temblar. Dejó el tenedor sobre el

mantel, cogió la servilleta de color amarillo de su regazo y la puso sobre la mesa. Desplazó la silla hacia atrás, se levantó y buscó los brazos de su marido. Unos brazos fornidos a juego con su cuerpo. Era un hombre fuerte y poderoso en su presencia. De espeso pelo negro peinado hacia atrás y marcadas cejas que intensificaban su mirada. De esas personas que no pasan inadvertidas y que en una sala repleta consiguen acaparar toda la atención. Precisamente su aspecto fue lo primero que atrajo a Eva aquel enero de 1944 cuando le vio por primera vez, cara a cara, en un homenaje a los damnificados de un terremoto ocurrido en la ciudad de San Juan, el día 15 de ese mismo mes. Y, aunque el tamaño de sus brazos era desproporcionado para su gran cuerpo, tenían un efectivo poder tranquilizador. Al menos para su mujer. Eva fusionó su cuerpo con el de Perón posando su cabeza sobre el pecho. Por un momento dudó si necesitaba o no llorar. No lo hizo. Se incorporó, lo miró fijamente a los ojos y, con un tono lleno de responsabilidad, le dijo:

—Tienes razón. No puedes, ni debes confiar en nadie más que en mí. Tranquilo, no te defraudaré.

Con este mensaje Eva aprovechaba para recordar al presidente, una vez más, que debía recelar de buena parte de su equipo de gobierno con el que ella no guardaba una buena relación.

Y tras esta advertencia, la pareja, no muy dada a las largas veladas íntimas, se dirigió al dormitorio de él.

El miedo por la responsabilidad asumida desapareció con el amanecer. Eva no necesitó muchas horas para creerse su papel.

2

Hacía unos meses que el Gobierno argentino había recibido una invitación oficial de Francisco Franco para visitar España. Quería, de esta forma, agradecer a Perón la ayuda que le había prestado y que seguía prestando a su país. Era un momento delicado para el régimen de Franco. España había quedado devastada tras la Guerra Civil. El riesgo de hambruna era una realidad y, por si fuera poco, la población sufría los efectos del aislamiento internacional impuesto por los vencedores de la Segunda Guerra Mundial, que consideraban a España un país fascista, colaborador de la Alemania nazi y de la Italia de Mussolini. En este escenario, la ONU aprobó un duro bloqueo económico como castigo a Franco por desoír las peticiones de democratización expresadas por Naciones Unidas, y el 12 de diciembre de 1946 aprobó la retirada de los embajadores que todos los Estados miembros tenían en Madrid. La resolución obtuvo treinta y cuatro votos a favor, trece abstenciones, una ausencia y seis votos en contra. Uno de ellos, el de Argentina.

Así, Perón, a pesar de las reticencias de un sector de su gobierno, se negó a acatar dicha resolución a la que retó cubriendo el puesto de canciller argentino en España que, por aquel entonces, estaba vacante. Para este cargo nombró a Pedro Radío, un médico metido a político, que no comulgaba especialmente con las tesis del peronismo pero

que era conocido por su capacidad y talante dialogante. Unas dotes que tuvo que demostrar ampliamente en las relaciones diplomáticas entre Argentina y España, pero sobre todo ante las presiones que recibió de Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética por el apoyo de su país a un régimen como el de Franco.

—Radío —le dijo Perón en su despacho de la Casa Rosada cuando le ofreció el cargo—, haz valer la historia en común, la amistad que tenemos con España y el trato que hemos recibido de la madre patria en momentos difíciles como argumento para justificar nuestra ayuda. Pero trata de no fomentar las justificaciones políticas o ideológicas. Eso solo nos traería problemas.

En pocos días, Radío partió hacia Madrid para cumplir con el encargo que le había hecho el presidente. Y una de sus primeras tareas consistía en preparar el terreno, en convertirse en la avanzadilla de la nutrida delegación que acompañaría, pocas semanas después, a Eva en su viaje por España.

3

La decisión de que fuera Eva quien viajara a España venía condicionada por varios factores. Primero, la situación política en Argentina. La violencia estaba instalada en las calles y había un sector dentro de las Fuerzas Armadas, sobre todo los representantes de las clases más acomodadas, que no veía con buenos ojos las estrechas relaciones del presidente con los sindicatos. Perón, que había ganado las elecciones poco antes con un 52 por ciento de los votos, temía que una ausencia tan larga pudiera ser aprovechada por sus opositores. Y segundo, las complicaciones diplomáticas que podría acarrear una imagen suya con un dictador como Franco, al que se relacionaba con los regímenes fascistas de Alemania e Italia.

El presidente argentino era consciente, pero fue sobre todo su ministro de Relaciones Exteriores, Atilio Bramuglia, el que insistió en señalarle el camino.

—Señor presidente, por favor. No puede aceptar la invitación de Franco.

Bramuglia se había trasladado hasta la residencia de Perón, tras la reunión que todos los ministros habían celebrado por la mañana en la Casa Rosada para tratar la pertinencia de la visita. Quería la máxima intimidad y sabía que aquella tarde el presidente estaría solo.

—Bastantes problemas nos puede acarrear el apoyo explícito a España ante Naciones Unidas, como para que se fotografíe con el líder de un Gobierno señalado por sus simpatías nazis. El viaje no sería bien visto por los Estados Unidos, ahora que estamos intentando reconducir nuestras relaciones —explicó el responsable de la diplomacia argentina.

—Esa es tu opinión. Ya sabes que Miguel Miranda, que tiene toda mi confianza en los asuntos económicos, cree que ir a España puede representar una punta de lanza para poder acceder a Europa. Eso nos ayudaría a revertir la imagen que por allí se tiene del peronismo. Y, como dice el diputado Efraín Moscoso, hay que enseñarles que no somos unos indios ignorantes y que nada tengo que ver con un tirano que ha asaltado el poder. —Perón se levantó de golpe de su silla como si hubiera sufrido un calambre—. Atilio, será una grandísima ocasión para vender nuestra imagen. Como dice Miranda —presidente del Banco Central, pero considerado ministro de Economía por su influencia sobre Perón—, nos van a seguir acusando de todas formas de ser filofascistas. Y con Franco o sin él, muchos países verán con simpatía que rompamos el bloqueo y llevemos a los españoles la ayuda que necesitan.

—Pero, presidente, su imagen saludando a un dictador quizá no sea la más recomendable para nuestro país.

—Tienes razón, Atilio. Comparto contigo esa inquietud, y por eso ya tengo en mente una alternativa.

Perón confiaba por completo en Bramuglia. De hecho, era una de las personas en las que más confiaba de todo su gobierno por sus aciertos políticos en momentos delicados.

—Presidente, le temo —dijo el canciller, adelantándose a lo que estaba a punto de escuchar—. No irá usted a hacer caso de algunas sugerencias, permítame, descabelladas, que se han podido escuchar en la reunión que hemos tenido esta mañana con el resto de miembros del Gobierno.

—Eva irá a ese viaje —soltó Perón sin más adornos.

La frase impactó directamente en la cabeza del ministro, quien no supo ni quiso disimular su contrariedad.

—¡Eva no puede ir! ¡No está preparada! —le espetó Bramuglia, alzando la voz.

—Es la primera dama de Argentina y entre sus funciones está representar a su pueblo.

—Presidente, ¿no se da cuenta de la importancia que tiene este viaje? La comunidad internacional tiene sus ojos puestos en nuestro país por ayudar a un régimen dictatorial. Nadamos contracorriente y debemos ser muy cuidadosos con los mensajes que lanzamos. ¡No puede ser! —exclamó, visiblemente contrariado.

—Atilio, no hay nada que discutir. La decisión está tomada. Soy el primer interesado en que este viaje salga bien. Tranquilo, se ceñirá al guion. Todo estará controlado hasta el último detalle.

—Presidente —contestó Bramuglia, mirándole a los ojos y enfatizando cada palabra—, usted sabe mejor que nadie que Eva es imprevisible, es incontrolable.

—No, Atilio. Eva es pura pasión.

No hubo más conversación. Bramuglia abandonó el despacho que Perón tenía en la planta baja de su residencia del palacio de Unzué, digiriendo la decisión presidencial. La desconfianza entre el ministro de Relaciones Exteriores y la primera dama era mutua, pero él tenía todas las de perder enfrentándose a Perón. Por ello decidió tragar saliva mientras salía del edificio camino de su casa. No había nada que hacer. Ya había empezado a tomar conciencia de que le esperaban largas jornadas de dedicación, para preparar una gira en la que no tenía depositadas demasiadas esperanzas. El primer encargo era elegir los nombres más políticos de quienes acompañarían a la primera dama en su primer desplazamiento al extranjero.

4

Iba a ser el primer viaje de Eva fuera de las fronteras argentinas. Y tal y como ella había exigido, se la trataría con honores de jefe de Estado. Tras la sorpresa inicial por el ofrecimiento de su marido, había empezado a sentir la satisfacción derivada de una posibilidad única para demostrar quién era y exhibir toda su valía.

Su felicidad era absoluta y no pensaba hacer nada por disimularla. Al ofrecimiento de España, que correría con todos los gastos, se habían sumado las invitaciones de Portugal, Francia, Italia, Mónaco, Suiza, Brasil y Uruguay. Claro está que el Gobierno argentino también había movido los hilos para que el viaje trascendiera los límites de un país dictatorial y se presentara como una gira por todo el continente.

—Viejito, ¿te das cuenta? Europa está tan entusiasmada con este viaje, que los países se disputan mi presencia —exclamó, mirando juguetona a su marido mientras levantaba los brazos con las manos abiertas—. ¡Hasta el rey de Inglaterra caerá rendido ante mis encantos! —El ego de Eva no le permitía imaginar que el monarca rechazaría finalmente recibirla en su palacio.

Aprovechando la agradable mañana que había amanecido en Buenos Aires, la pareja se sentó en el porche del palacio de Unzué y empezó a poner nombres y apellidos a

la comitiva que la acompañaría en la Gira del Arco Iris. El Gobierno había decidido bautizarla así para dar más empaque a la presencia de Eva, a la que presentaban como el puente que estrecharía las relaciones entre Argentina y el Viejo Continente, capaz de ofrecer luz y color a una tierra gris y desolada por los conflictos bélicos. Para llevar ese halo de esperanza, Perón era consciente de que había que organizar una comitiva que estuviera a la altura y fuera capaz de arropar a su esposa de la mejor manera posible. Y no iba a resultar nada fácil diseñar el listado dadas las exigencias de la ilustre enviada.

—Ayer estuve cerrando con Bramuglia la lista de quienes deberían acompañarte en el viaje.

—Uf —exclamó ella con aires de burla—, no entiendo por qué mantienes la confianza en ese boludo.

—Eva, es el ministro de Relaciones Exteriores y de él depende en buena parte el éxito de esta misión diplomática.

—¿De él? —replicó ofendida—. Perdona, soy yo, mal que le pese, la que se va a patear media Europa.

Como la discusión no conducía a ninguna parte, Perón cortó por lo sano y se lanzó a enumerar los nombres de quienes la acompañarían durante el viaje. Más de una veintena de personalidades de lo más variopinto.

—Juancito, antes de que sigas —le interrumpió Eva—, quiero que sepas que Lillian me ha dicho que no vendrá conmigo. Y yo sin ella no viajo.

Lillian Lagomarsino de Guardo era la mujer del presidente de la Cámara de Diputados y hermana del secretario de Industria de la Nación. Pero lo más importante era que se había convertido en su mejor amiga, en su consejera y confidente.

—He hablado con ella esta mañana y dice que no hay nada que discutir. Que ella no puede dejar aquí a su familia para irse tan lejos. ¡Será posible! Renunciar a una oportuni-

dad como esta ¡por quedarse a quitar las cacas de un bebé! —recalcó.

En la cabeza de Eva no cabía esa opción. Nunca había conseguido entender cómo una mujer podía anteponer las cuestiones caseras, su casa, su marido y sus hijos, a las inquietudes y al crecimiento personal. Claro que valoraba el esfuerzo que las madres hacían por sacar adelante a sus hijos —de hecho, lo veía todos los días cuando cientos de ellas se apostaban en la entrada de su despacho para pedirle ayuda—, pero no era capaz de comprender que la mayor preocupación de una mujer acomodada como Lillian fuera cambiar un pañal.

—Le he dicho que no era una sugerencia, sino una orden que debía obedecer. Pero, Gordito, a mí no me toma en serio. Creo que vas a tener que obligarla si quieres que sea yo la que cruce el Atlántico.

Que Eva viajaría a Europa, con o sin ella, estaba claro. Pero lo que menos deseaba Perón eran complicaciones por cuestiones que él consideraba menores. Así es que no le quedó otra alternativa. Demasiado difícil estaba siendo la preparación del viaje como para que el principal obstáculo lo pusiera la dama de compañía de su mujer. Se levantó del balancín de madera en el que estaba sentado, se introdujo en el enorme distribuidor de la vivienda y llamó a una de sus ayudantes.

—Estela. Póngame con la señora Lagomarsino.

—Enseguida, presidente.

La conversación fue muy breve. Lo justo para quedar a almorzar al día siguiente.